EL PERRO NEGRO

(Cuento Serrano)

POR SERAFIN DEL MAR

El viento cepillaba de los cerros el canto de los gallos que se recostaban en el frío de la noche. Silbidos estremecidos despertaban estrellas que marcaban el tiempo. En el corral los mulos relinchaban triturando el pasto con satisfacción burguesa.

—Ya deben ser las 2 de la madrugada muchachos — Buenos días compadre, buenos días taita, buenos días don Mateo — y pusiéronse a masticar coca conversando en voz baja.

—¿Qué nos pasará? — dice Mateo González, tengo la coca amarga.— Bótelo, compadre, a ver le daré mi coquita de quintes— y González fumaba su cigarrillo pero nerviosamente.

En la plaza sonaban las pisadas del amo y gobernador. Abriéndose la puerta con fuerza, apareció con su poncho de vicuña y bufanda de marino teñido de colores.

—Buenos días, patrón!

—Quienes van contigo, compadre Mateo? — Juan, Nicanor y su sobrino.— Cómo, ¿no vino el gago? — No compadre, dice que tiene a la mujer enferma. — Canalla, arrastrado, me está debiendo 9 soles, que se espere nomás, éstos abusan hasta que no se les meta a la Cárcel, grandísimo perro.

Al poco rato llegó el cuñado, alcalde del pueblo, con el bigote escarchado, después de haber hecho el "rodeo" de sus haciendas, que en extensión ocupan las dos terceras partes del caserío. En la plaza lamían la sal de las pircas de la Iglesia, donde los hombres orinan en las fiestas, 63 vacas con sus terneras que habían sido arreadas de los pastos de la Hacienda. Los dueños, campesinos miserables, llegaban sudorosos a rescatar su ganado, algunos con muchas lágrimas en las manos. El gobernador le dió un abrazo de satisfacción al cuñado y llamó a los varayocs por medio de campanadas ordenando que marcaran el ganado con el sello de la Hacienda. Atrás venían 103 borregos y 76 llamas del "rodeo" mensual.

Emparejadas las bestias, recibió González el dinero y la carta para la compra de sal en Izcuchaca. Con un palmazo en el hombro, le decía el alcalde a González:

—No se han de tardar pues compadre, tenemos muy poca sal en la tienda, felicidades don Mateo.

La mañana envuelta en la neblina retozaba en la yerba de la plaza.

Después de pasar los picachos nevados de Azapara, acamparon en el valle. En las montañas llovía fuertemente, se sentía los latigazos de los truenos en la cueva donde se hacía la merienda. A lo lejos, unas cuantas chozas con luces que se alargaban. Los perros ladraban insistentemente y el eco rebotaba en todos los peñascos. Esa noche durmieron tranquilos después de haberse deshilachado en insultos contra el gobernador y el alcalde que les pagaban 30 centavos diarios de jornal. Atravesaron la puna. Mateo quedóse tras unas piedras a descansar mientras los mulos caminaban resbalándose a los bajíos donde el verde de los maizales y de la vegetación hacía saltar el corazón como un brinca-monte. Mateo sonrió viendo a sus compañeros a gran distancia y rodó cortando el camino sobre la yerba que empezaba a levantarse en los barbechos. De repente, de entre los magueyes saltó un perro negro con la boca espumosa, atacado de furia salvaje. Sin darle tiempo a defenderse le rasgó la cara con un grito apocalíptico y corrió luego a la muerte.

Mateo no atinó sino a agarrarse la cara con las manos oscurecidas de sudor y apretándose las heridas para que la sangre se contuviera, apresúrose a llegar al lado de los compañeros que ganaban el camino curvado. Al llegar saltó uno de ellos sorpresivamente.

—¿Que te pasó compadre?....— Paqué te voy decir, ese perro parecía con mal de hielo, yo lo adiviné cuando pasó por nuestro lado. ¿No es cierto Juanico? — Sacaron una botella de aguardiente y sopláronle duro con la boca, después de un trago fuerte que los alegró.

El día trascurrió envolviéndose en el paisaje. El sol dibujado en las caras se sonrojaba al proyectarse entre las piedras. En la noche llegaron a Izcuchaca fatigados por un día salpicado de incidencias. Las bestias se revolcaban en la plaza con los aparejos humeantes, mientras los hombres buscaban la casa del Estanco de la Sal. Uno o dos bebidos, dejaban escapar canciones indias, borrachos de tristeza y alcohol.

La noche caía a pedazos de los techos. Los ojillos del pesador de sal oscilaban como carbones encendidos. Al menor esfuerzo que hacía González le brotaba la sangre por entre el trapo sucio. Después de colocar las reatas cargadas a los mulos, González se dirige a recoger la contestación de la oficina principal del Estanco. El jefe era don Simón Alva, aquel canalla subprefecto, aquel hijo de..... que hizo colgar a todo un pueblo, hijos y mujeres de las torres. A los hombres arrancándoles primero la lengua, los amarraba a la cola de los caballos para desbarrancarlos. Porque días antes habían saqueado el templo para tener que vender y con qué comer. El hambre es la única fortura que poseen los pueblos. ¡Tanta saña! Para qué? Para que denunciaran al cabecilla y entregaran las joyas repartidas entre el pueblo! El gobierno movilizó tropas de infantería. Llegaron al pueblo, incendiaron las pocas chozas, llevándose todo el ganado vacuno y caballar que quedaba, después de que el párroco se había hecho arrear más de la mitad. Los soldados custodiaban bien a sus amos, tumbando las carabinas a los pocos hombres que miraban desde los picachos arder su pueblo, reventando los pajonales verdes como gritos de balas, con las aves que saltaban desesperadamente por entre el fuego. La ciudad desolada ardió tres días. Los indios huídos se internaron a lo inaccesible de las montañas. Después se supo que merodeaban por los pueblos vecinos. Bandas de bandoleros que saqueaban las haciendas con encarnizamiento.

Este hombre chacal, don Felipe, como le decían en el pueblo, había envejecido, con la vejez de las momias inkarias. Su voz expiadora de su crimen salía como de un sarcófago.

—Pobrecito, tienes la herida verde. Creo que te está entrando la luna. ¿Cuándo te mordió el perro? A los 20 días si fué de hidrofobia te volverás loco furioso, morderás y tendrán que amarrarte.— Estas palabras se le zincograbaron en el cerebro con unas lágrimas que hicieron centinela. Trágica obsesión que día a día le corroía como un cáncer.

Saltó la tristeza en la cara como una pedrada de honda. Los compañeros le miraban con desconfianza hablándose entre los oídos.

—Don Mateo no se ponga triste, mire, ya se viene el Santiago, agarraremos las mejores muchachas para usted, verdad don Mateo? — le decía Juanico, jalándole del saco al compañero.

González seguía inmutable como el tiempo, gravitando su pensamiento en los 20 días. En medio camino un raro presentimiento lo detuvo. Entregó la carta para el gobernador y se marchó sólo a su pueblo donde lo esperarían su mujer y sus hijos.

En su casa fué una fiesta inusitada. Los niños se le prendieron de las piernas, otros registraban el atado, la mujer púsose a danzar sobre los colores vivos de sus fustanes. Esa misma tarde lloraron sin consuelo, abrazados como niños. En la noche se amaron salvajemente hasta qeu la luna se derritió en el canto de los gallos. Al amanecer se fué al bosque por leña, allí contó los hilos de los dedos, 19, mañana serán 20. Este número se le enredó en la garganta como un lazo que le ahorcaba el corazón, escapándosele por las sienes. Cuando González regresó era otro. El mismo no era, se repetía la mujer. Le bailaban los ojos profundamente abiertos, el rechinar insistente de los dientes le rasgaba hendiduras en las mejillas secas. Miró con asco a sus hijos pequeños que jugaban. El árbol de su cuerpo se derrumbó a los pellejos sin lana. Allí sollozaba doblándose los dedos de falange en falange hasta dormirse con la lengua mordida. Serían las 3 de la madrugada cuando se incorporó dando un grito que hizo templar la tierra. Aullaba como las fieras enfermas, con los ojos más desmesuradamente desorbitados. Recorrió semidesnudo todo el pueblo. La fiebre le quemaba el cuerpo moreno, que se metía en los charcos y acequias hasta gruñir igual que los puercos.